

Después de haber caminado mucho tiempo a través de arenales, roquedales y nieves, descubrió por fin un camino. Y todos los caminos van hacia parajes habitados por los hombres.

—¡Buenos días! —dijo.

Se encontraba en un jardín lleno de rosales floridos.

—¡Buenos días! —dijeron las rosas.

El principito las observó y concluyó que todas se parecían a su flor.

—¿Quiénes son ustedes? —les preguntó el principito, sorprendido.

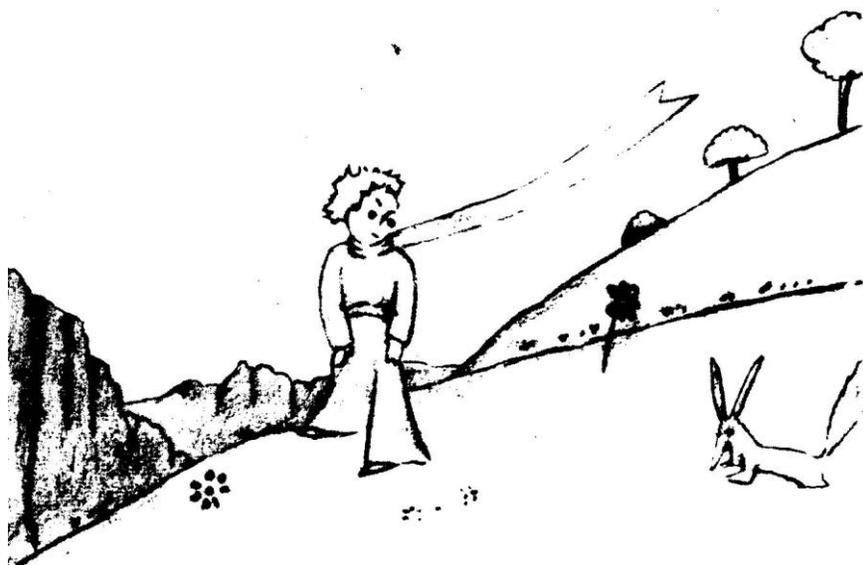
—Somos rosas —respondieron las flores.

—¡Ah! —dijo el principito.

Se sintió muy desgraciado. Su flor le había dicho que ella era la única de su especie en todo el universo, y ahora veía que sólo en este jardín había cinco mil, todas semejantes.

“Se sentiría bien humillada —pensó el principito— si viera todas estas flores. Tosería fuertemente y fingiría morir, para evitar el ridículo. Entonces yo me vería obligado a cuidarla, pues de lo contrario, para humillarme a mí también, sería capaz de dejarse morir de verdad...”

Luego pensó: “Yo me creía excepcional con una flor única en el mundo, y sólo poseo una flor como otra cualquiera. Sólo tengo la rosa y los tres pequeños volcanes que apenas me llegan a la rodilla y uno de ellos quizás esté apagado para siempre. En realidad no puedo considerarme un gran príncipe”. Y tendido sobre la hierba, el principito lloró.



Y entonces apareció el zorro.

—¡Buenos días! —dijo el zorro.

—¡Buenos días! —respondió cortésmente el principito, a la vez que se volvió, pero no vio a nadie.

—Estoy aquí —dijo la voz—, al pie del manzano.

—¿Quién eres? —dijo el principito—. Eres muy bonito...

—Soy un zorro.

—Ven a jugar conmigo —le propuso el principito—. Me siento tan triste.

—No puedo jugar contigo —dijo el zorro—. No estoy domesticado.

—¡Ah! perdón —dijo el principito.

Y, añadió después de reflexionar:

—¿Qué significa “domesticar”?

—Tú no eres de aquí —dijo el zorro—. ¿Qué buscas?

—Busco a los hombres —dijo el principito—. Pero ¿qué significa “domesticar”?

—Los hombres —dijo el zorro— poseen rifles y cazan. Eso es muy molesto. También crían gallinas; esa es su principal preocupación. ¿Tú buscas gallinas?

—No —dijo el principito—. Busco amigos. Pero, ¿qué significa “domesticar”?

—Es algo que está muy olvidado —dijo el zorro—. Significa “crear lazos”.

—¿Crear lazos?

—Seguro —dijo el zorro—. Tú no eres para mí más que un chiquillo parecido a cien mil chiquillos y no te necesito. Y tú tampoco me necesitas. Yo no soy para ti más que uno más entre cien mil zorros. Ahora bien, si tú me domesticaras, nos necesitaríamos el uno al otro. Tú serías para mí el único en el mundo, como yo lo sería para ti.

—Empiezo a comprender —dijo el principito—. Hay una flor...; y me parece que me ha domesticado...

—Es posible —dijo el zorro—. ¡Se ven tantas cosas en la Tierra!

—¡No, no es en la Tierra! —dijo el principito.

El zorro pareció muy intrigado:

—¿En otro planeta?

—Sí.

—¿También hay cazadores en tu planeta?

—No.

—¡Eso sí que es interesante! ¿Y gallinas?

—No.

—Nada es perfecto —suspiró el zorro—. Mi vida es monótona: cazo gallinas y los hombres me cazan a mí. Todas las gallinas se parecen y todos los hombres se parecen entre sí. Por lo tanto, me aburro un poco. Pero si tú me domesticaras, mi vida sería radiante y cálida. Conocería un ruido de pasos diferente al que me obliga a refugiarme en mi cubil. Los tuyos, en cambio, me harían salir de mi madriguera; serían como una música. Y, además, ¿ves esos campos de trigo? Yo no como pan y el trigo es inútil para mí, los campos de trigo no me dicen nada. ¡Es bien triste! Pero tú tienes cabellos de color de oro. Y si me domesticaras, ¡sería maravilloso!, pues los campos de trigo me recordarían tus cabellos de oro, y amaría el rumor del viento entre las espigas...

El zorro permaneció silencioso y miró por largo rato al principito:

—¡Domésticame..., por favor! —dijo el zorro.

—Quisiera hacerlo —respondió el principito—; pero no dispongo de tiempo. Además, quiero buscarme amigos y conocer muchas cosas.

—Sólo se conocen bien aquellas cosas que se domestican —dijo el zorro—. Los hombres ya no tienen tiempo para conocer nada; compran las cosas ya hechas a los comerciantes; pero como no existe ningún comerciante de amigos, los hombres ya no tienen amigos. Si quieres tener un amigo, ¡domésticame!

—¿Y qué hay que hacer? —dijo el principito.

—Hace falta ser muy paciente —respondió el zorro—. Primero te sentarás en la hierba, un poco retirado de mí, yo te miraré de reojo y tú no dirás nada. Las palabras son fuente de malentendidos. Pero cada día te podrás sentar un poco más próximo...

Al día siguiente volvió el principito.

—Hubiera sido mejor que volvieras a la misma hora de ayer —dijo el zorro—. Si vienes, por ejemplo, a las cuatro de la tarde, te estaré esperando desde las tres y cuanto más se aproxime la hora de la cita, más feliz me sentiré. Y para las cuatro, me sentiré sumamente inquieto por verte y descubriré entonces lo que vale la felicidad. Pero si vienes a horas distintas no sabré cuándo empezar a preparar mi corazón... Los ritos son imprescindibles.

—¿Qué es un rito? —dijo el principito.

—Es algo también ya muy olvidado —dijo el zorro—. Es lo que hace que un día sea diferente de los demás, y una hora de las otras. Entre los cazadores, por ejemplo, se cultiva un rito. Los jueves acostumbran bailar con las muchachas del pueblo. Como comprenderás, el jueves se convierte en un día maravilloso. Yo puedo entonces salir a pasear hasta los viñedos. Esto significa que si los cazadores no tuvieran día fijo para bailar, todos los días serían iguales y no habría vacaciones para mí.

Fue así como el principito domesticó al zorro. Mas cuando llegó el día de la separación, el zorro dijo:

—¡Ah! ¡Voy a llorar!

—Si lloras será por tu culpa —dijo el principito—. Yo no quise hacerte ningún mal; pero tú insististe en que te domesticara.

—Es cierto —dijo el zorro.

—¡Pero tú vas a llorar! —dijo el principito.

—Así es —respondió el zorro.

—Entonces no has ganado nada.

—Sí, he ganado —dijo el zorro— a causa del color del trigo.

Después añadió:

—Ve a ver de nuevo a las rosas. Comprenderás entonces que la tuya es única en el mundo. Después regresa a decirme adiós y te haré partícipe de un secreto.

El principito se fue a ver de nuevo a las rosas y les dijo:

—En realidad no os parecéis en nada a mi rosa, ni sois nada todavía. Nadie os ha domesticado ni vosotras habéis domesticado a nadie. Sois como era mi zorro. Antes de que lo domesticara era un zorro igual a otros cien mil. Ahora que lo he hecho mi amigo, es un zorro único en el mundo.

Y las rosas se mostraron muy molestas.

—Son realmente hermosas, pero vacías —añadió el principito—. Uno no se siente impulsado a dejarse morir por ustedes. Cualquiera pensará que mi rosa se parece a ustedes; pero ella sola es para mí más importante que todas ustedes juntas, porque ella es la que he cuidado y regado; ella es la que cubrí con el globo de cristal; ella es la que resguardé con el biombo; ella es la que libré de las orugas que le molestaban, dejando sólo aquellas que se volvieron mariposas; es ella la rosa que oí quejarse, alabarse o mantenerse callada. En fin, ella es mi rosa.

Y volvió hacia donde estaba el zorro.

—Adiós —le dijo.

—Adiós —repuso el zorro—. He aquí mi secreto. Es muy sencillo. Consiste en que no se ve bien sino con el corazón, pues lo esencial es invisible a los ojos.

—Lo esencial es invisible para los ojos —repitió el principito, a fin de recordarlo.

—Es el tiempo que has perdido con tu rosa lo que la hace tan importante.

—Es el tiempo que he perdido con mi rosa... —repitió el principito a fin de no olvidarlo.

—Los hombres han olvidado esta verdad —dijo el zorro—. Pero tú no debes olvidarla. Eres ahora responsable para siempre de cuanto has domesticado. Eres responsable de tu rosa

—Soy responsable de mi rosa... —repitió el principito, a fin de recordarlo.